

la Iglesia tendrían un éxito favorable, el cual reanimaría al partido conservador (1).

**Octubre, 1.º** Santibáñez, en la pág. 280 antes citada, dice:

«El General Díaz tuvo la gloria el 1.º de Octubre de 1866, de derrotar completamente á Visoso, haciéndole cuarenta muertos y ciento y tantos prisioneros, quitándole armas y tres mil pesos en efectivo, primer fondo que contaba en sus arcas.»

**Octubre, 1.º** Dice Zamacois: «En la mañana del 1.º de Octubre, el médico notó en la Soberana varias cosas que, unidas á las que habían pasado, le hicieron comprender que su razón no estaba sana; y al ver que se disponía á salir, le impidió como médico que abandonase su habitación. La Emperatriz, sin hacer caso de su orden, le cogió de un brazo, y haciéndole á un lado para pasar, marchó al Vaticano con una camarista suya y con un chambelán llamado Datti, que el Papa había puesto á sus órdenes. . . Dominada por la aterradora idea de que la querían envenenar por orden de Napoleón, se quedó todo el día en el Vaticano, sin querer separarse del Papa, única persona que le inspiraba completa confianza, comiendo en su mismo plato (2) . . . Como la noche se aproximaba, y manifestó la infeliz que deseaba pasarla allí, pues temía que en la fonda la envenenasen, el Santo Padre, para evitar el escándalo que causaría si se condescendía con aquella pretensión, se valió de las palabras más eficaces y persuasivas, haciéndola ver que le convenía volver á la fonda en que habitaba, y diciéndola que su mismo médico (*del Papa*) le acompañaría. La Emperatriz. . . manifestó que estaba dispuesta á volver á la fonda. . . acompañada del médico de Su Santidad, si se hacía que saliesen de la fonda sus envenenadores el Conde del Valle, el Doctor Boklushlabech, médico de ella, y la Sra. Kuchachevich, se les juzgaba inmediatamente y se les decapitaba.» Se le contestó que todo se haría al

(1) Es indudable que las conferencias del Santo Padre con Carlota habrían tenido un éxito favorable hallándose Maximiliano, como estaba dispuesto, á derogar las leyes sobre los bienes del clero y demás llamadas de *Reforma*; pero también es seguro que los republicanos, que ya á aquella fecha eran poderosos y ocupaban una gran parte de la Nación mexicana, no habrían cesado en su guerra universal y en sus avances hasta dar fin al Imperio: máxime retirándose del país las fuerzas francesas.

Los republicanos estaban poseídos del furor de la guerra y parecían escuchar esta palabra de Emilio Zola: «La guerra es inevitable. . . . La guerra es la vida misma. Nada existe en la naturaleza, nada nace, nada crece, nada se multiplica que no sea por medio de un combate. Para que el mundo viva es necesario comer y ser comido.» Este pensamiento alude al fenómeno evolutivo que se observa en toda la naturaleza, que para que vivan unos seres se necesita la destrucción de otros: para que viva la araña se necesita la muerte del mosquito; para que viva el gato se necesita la muerte del ratón; para que vivan unas aves se necesita la muerte de otras; los microbios no viven sino comiéndose á los más pequeños, para que viva el hombre se necesita la muerte de muchos cuadrúpedos, aves y peces. Un cementerio está cubierto por un bosque de naranjos, cuyas sabrosas pomos vienen de las partículas desprendidas de los cadáveres, cuya vida viene de la muerte, y las pomos se destruyen á su vez en nuestro estómago para darnos la vida. Morimos: nuestra alma se va á una región inmortal y nuestro cuerpo se convierte en gases, los gases en nubes, las nubes en agua que fertilizan la tierra, el agua y la tierra en espigas, las espigas en alimentos humanos, los alimentos humanos en gérmenes de nuevos hombres, etc., etc. Newton fué el resultado de muchas patatas y Juárez de muchos jaltomates. Pero recojamos velas porque de lo contrario, hay peligro de que una fecha cronológica se convierta en una disertación. Concluye Zola: «Una nación desde el momento en que se desarma, muere. Empero, necesidades imperiosas, absolutas, son las únicas que pueden arrojar á una nación sobre otra.»

(2) Todo Papa come solo y la Historia no recuerda un caso semejante. Carlota comía con tenedor y cuchillo.

pie de la letra, y ella se fué al magnífico hotel en que habitaba; pero á poco rato se volvió á salir con una de sus camaristas, se fué al Vaticano y dijo á Monseñor Borromeo, Obispo y gran chambelán del Santo Padre, que iba á pasar la noche en el Vaticano junto al Papa. Dice Zamacois: «Monseñor Borromeo le hizo con suma afabilidad todas las reflexiones que juzgó más oportunas para persuadirla, sin exaltarla, de la imposibilidad de acceder á sus peticiones, ofreciéndole darle una habitación debajo de la del Santo Padre, donde tendría toda la seguridad y comodidades que le correspondían. Después de una ligera discusión en que Monseñor Borromeo usó de frases las más dulces y persuasivas, la Emperatriz consintió en admitir la habitación que se le ofrecía. Monseñor Borromeo se dirigió á dar las órdenes necesarias para el arreglo de la pieza de la Emperatriz y otra contigua para la camarista. La demente Soberana salió tras él, y ordenó que se le enseñaran las habitaciones que se le destinaban. Inmediatamente se accedió á su deseo. La Emperatriz la vió y dijo á Monseñor Borromeo que saliese. En el momento que éste obedeció, la Emperatriz se encerró por dentro, sin dar tiempo á que llevasen una cama. La camarista quedó en la pieza contigua.»

**Octubre, 2.** Dice Zamacois: «A las seis de la mañana del siguiente día, salió la desgraciada Emperatriz del cuarto en que se había encerrado, despertó á su camarista, que no llegó á desnudarse para poder acudir inmediatamente si la llamaba su señora, y subió á la capilla del Papa, donde esperó que diesen las siete, hora en que dice misa Su Santidad. En cuanto terminó la misa, el chambelán Datti, obsequiando los deseos de la Emperatriz, la condujo á la cúpula de San Pedro, al museo del Vaticano y á todos los sitios que la egregia demente manifestó voluntad de ver.»

**Octubre, 3.** Acción de Miahuatlán. Tuvo lugar cerca de esta villa del Estado de Oaxaca, y fué ganada por Porfirio Díaz y sus subalternos el General Ramos y el Coronel Manuel González con 700 hombres, al General Oronoz y su subalterno el Coronel francés Testard, á la cabeza de cosa de 3,000 hombres, de los que la mayoría era de mexicanos y la minoría era de franceses y húngaros. Bancroft en su Vida de Porfirio Díaz, cap. 18, dice: «Solo la caballería se escapó con poca pérdida bajo Oronoz, dejando la artillería y los bagajes para realizar el triunfo del vencedor. Entre los muertos había 40 franceses, *incluso su Coronel*, y los prisioneros comprendían 18 oficiales franceses y 22 (*oficiales*) mexicanos, de los cuales los últimos, bajo el edicto estricto de Juárez, debían expiar con sus vidas el error de haber sido traidores á su patria; pero se hizo efectivo sólo en los desertores que se habían pasado á Bazaine durante el sitio de Oaxaca. Este día era el aniversario del decreto sangriento de Maximiliano, y tal fué la represalia con que lo celebraron los patriotas del Sur. Ofrenda vengadora al espíritu de Artega.—Dedicáronse algunos días á la reorganización de las fuerzas, en las que se incorporó la mayor parte de la oficialidad y tropa hecha prisionera.»

**Octubre, 10.** Carlota llegó á Miramar conducida por su hermano el conde de Flandes, quien luego la puso incomunicada.

**Octubre, 18.** El Sr. Vigil en «México á través de los Siglos,» pág. 780, dice: «El 18 de Octubre, día señalado para una gran comida, se celebró consejo de Ministros presidido por el mismo Archiduque, quien se dirigió luego á su gabinete. Estando allí, llegaron dos despachos telegráficos, el uno del conde de Bombelles, fechado en Miramar, y el otro de Roma, dirigido por el ex-Ministro Castillo, conteniendo la noticia de la enfermedad de la archiduquesa. Herzfeld, dominando su emoción, aparentó no comprender bien el sentido de los despachos, y manifestó que lo único que de ellos se des-



prendía, era que alguien estaba enfermo en Miramar, y que probablemente se trataba de una dama de la Emperatriz: poco satisfecho, sin embargo, Maximiliano, hizo llamar al Doctor Basch que se había retirado á su cuarto, y una vez presente le dijo llorando: ¿Conoce Ud. al Doctor Riedel, de Viena? «Apenas oí este nombre, dice Basch, comprendí todo. Herzfeld había dicho la verdad, y aunque yo hubiera querido mantener en la duda al Emperador, no podía mentir. «Es Director del hospital de locos,» me ví forzado á responder. Este triste anuncio dió ocasión directa al desarrollo de la crisis, que estaba próxima y apresuró la catástrofe. La última esperanza del Emperador se desvanecía, se veía abandonado de la fortuna y agobiado por el dolor. Indiferente á todo lo que pudiera acontecer, no podía encontrar consuelo sino en la idea de abandonar aquella tierra desgraciada y de reunirse á su infeliz consorte» (1). Continúa el Sr. Vigil. El mismo día publicaba el periódico oficial la noticia en los siguientes términos: «Última hora. Tenemos el sentimiento de anunciar que el buque de guerra francés *Adonis* trae el cablegrama trasatlántico, comunicando la triste noticia de que nuestra augusta Emperatriz enfermó el día 4 del corriente en Roma, y fué conducida inmediatamente á Miramar. Parece que el mal tiene el carácter de una fiebre cerebral muy grave. Esta nueva ha conmovido profundamente al Emperador.» Grande fué la impresión que produjo aquella noticia. El clero se apresuró á hacer rogativas públicas en las iglesias, pidiendo por el restablecimiento de la desgraciada princesa, y el Ministerio dirigió el 19 una carta á Maximiliano, en la cual manifestaba la parte que tomaba en su justo dolor.»

**Octubre, 18. BATALLA DE LA CARBONERA.** Fué ganada por Porfirio Díaz y sus subalternos el General Luis P. Figueroa, los Coroneles Félix Díaz, Manuel González (después Presidente de la República) y Fidencio Hernández, el Teniente Coronel José Guillermo Carbó y el Comandante Carlos Pacheco (después Ministro de Fomento), á un jefe austriaco, á la cabeza de 1,500 hombres, de los que casi todos eran austriacos polacos y húngaros, y una pequeña minoría mexicanos.

El día 16 del mismo Octubre, á los once días de estar, el General Díaz sitiando á Oaxaca y cuando iba á dar un asalto, recibió la noticia de que se acercaba un ejército de 1,500 hombres, mandados de México á reforzar el de Oronoz, defensor de Oaxaca (2), y esto hizo al General republicano ponerse á meditar. Si esperaba que dichos 1,500 hombres llegaran á la ciudad de Oaxaca, el sitio se iba á prolongar muchísimo con todas sus desastrosas consecuencias, de doble número de víctimas, destrucción de muchísimos edificios, etc.; y si abandonaba el sitio por ir á pelear con dichos 1,500 hombres, Oronoz destruiría las trincheras y otros elementos de guerra, y se perdería todo lo ganado hasta aquel día. Tuvo, sin embargo, que elegir este segundo extremo como el menor de los males. Todo el día 16 estuvo el General Díaz atacando la plaza, y á la caída de la tarde arreció el ataque para hacer creer á Oronoz y á su ejército, que tenía el propósito de no abandonar el sitio, y

(1) «Los últimos diez meses del Imperio de México.» En la misma obra refiere Basch que la comida fué en el magnífico palacio de Chapultepec, que Maximiliano en su gabinete del mismo palacio recibió los funestos telegramas, y que á la caída de la tarde del mismo día, paseando en el terrado de Chapultepec con el mismo Basch, con Herzfeld y con Bilmetz, conferenció con ellos sobre su proyecto de abdicar y les encargó que no lo dijeran ni á Fischer.

(2) De quien dice el Sr. Santibáñez: «Oronoz, que entre los desleales á la patria, ha conservado hasta el día la dignidad suficiente para no pedir un asiento en el banquete del triunfo.» (Reseña, tomo cit., pág. 368).

así lo creyeron. El mismo día mandó un correo violento al General Figueroa, que estaba en una población no muy lejana, ordenándole que á la cabeza de sus fuerzas fuera á marchas forzadas á unírsele en el camino que iba á emprender. Al anoecer, el día 16 hizo Díaz encender hogueras en su campamento, para hacer creer á los defensores de la plaza, que los sitiadores estarían allí toda la noche, y así lo creyeron. Mas luego que encendió las hogueras, se dirigió con todo su ejército á encontrar á los 1,500 hombres. El día 17 se le unió el General Figueroa con su tropa en San Juan del Estado; el día 18 encontró al enemigo en las lomas de la Carbonera, y el mismo día, de las doce del día á la cinco de la tarde, fué la famosa acción en dichas lomas situadas entre Nochistlán y San Francisco Huitzo (1).

El ejército del General Díaz se componía de 3,602 hombres (2). La victoria fué completa. Cayeron en poder del vencedor, según el parte dado por él mismo al Ministro de la Guerra, «cuatro piezas rayadas de montaña, más de 600 carabinas y un buen surtido de ambas armas y 381 prisioneros, casi todos austriacos, polacos y húngaros, entre ellos 7 oficiales (3). El jefe extranjero tuvo 161 muertos, entre ellos 6 oficiales y 42 heridos (4). El General Díaz tuvo 65 muertos, 113 heridos y 27 dispersos (5). Bancroft, añade: «La caballería escapó y á las cinco los vencedores hicieron alto para juntar los despojos, recibir los elogios de su jefe y presenciar el castigo ejemplar de cuatro soldados (*prisioneros*) que habían faltado á su deber.» Los prisioneros extranjeros, como los que lo habían sido en la acción de Miahuatlán el 3 del mismo mes, militaron bajo la bandera de Porfirio Díaz, desde entonces hasta las vísperas de la ocupación de México por el mismo General Díaz el día 21 de Junio de 1867.

#### FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

La batalla de la Carbonera fué tal, que no dudo romper por algunos momentos el estrecho círculo de brevedad á que me sujeta la índole de unos *Anales*, para ponderarla y celebrarla; y en esto sigo la doctrina de César Cantú, en su discurso sobre la Historia Moderna: que el historiador no debe, so pretexto de fría imparcialidad, dejar de celebrar los grandes hechos, con la justicia del razonamiento, con la esplendidez de la imaginación y con la vehemencia y entusiasmo de las buenas pasiones. Fué una hazaña tan notable, que aunque no me atrevo á afirmar que ha sido la más gloriosa de Porfirio Díaz, sí aseguro que es la que siempre me ha causado más placer y admiración. Por esto en mi gabinete de estudio tengo un retrato (pintura al óleo) del General Díaz en su caballo *pinto*, con su vestido de *charro*, pistola en mano, el caballo en actitud de piafar á la vista de un cañón y otras armas, y

(1) Después de estudiar detenidamente el hecho, lo único que he podido sacar en limpio sobre la situación geográfica de la Carbonera, es que está entre Nochistlán y San Francisco Huitzo, porque así lo indica el Sr. Santibáñez en la obra citada, tomo 2.º, pág. 378. Todos los historiadores dicen que la acción fué en las lomas de la Carbonera; pero ninguno, ni el Sr. Santibáñez que escribió *ex profeso* sobre la materia y llevó su diligencia hasta presentar un plano de la batalla, expresa á qué hacienda de campo, pueblo ó municipio pertenece la Carbonera, ni cuántos kilómetros ó leguas dista de la ciudad de Oaxaca. Y ¡cosa más notable!, ningún historiador dice quién era el jefe de los 1,500 hombres.

(2) Santibáñez, tomo 2.º citado., págs. 377 y siguientes.

(3) Parte del General Díaz, presentado por Santibáñez en el tomo 2.º cit., pág. 381.

(4) Parte citado.

(5) Parte cit., presentado por Santibáñez, en el tomo 2.º cit., pág. 388.



tal como se hallaba el caudillo en la acción de la Carbonera. Y por el mismo motivo he celebrado con especialidad esta acción en varios de mis escritos.

Porque el retrato de Porfirio Díaz en esa batalla, me parece encontrarlo en una de las Oraciones clásicas de Cicerón, á saber, en la Oración en defensa de la Ley Manilia, donde exige cuatro condiciones en un militar para que sea un gran General: pericia militar, valor, autoridad y fortuna (1). Luego, explicando la pericia militar, dice que la constituyen cuatro dotes, que son la prudencia en los planes, el trabajo en el negocio, la sagacidad en los medios y la celeridad en llevar á cabo una empresa. Después, explicando la fortuna, dice: «Porque no tiene duda que algunos grandes hombres, han tenido cierta fortuna concedida por el cielo para la grandeza de alma y la gloria para ejecutar grandes cosas» (2).

Habéis visto, señores lectores, todas las condiciones exigidas por Cicerón en un guerrero, cumplidas en el General Díaz en una de tantas de sus hazañas, á saber, en su evasión de la prisión en Puebla. Habéis visto la grande autoridad ó influencia ejercida por él sobre el ánimo de su sirviente y confidente el soldado raso Julián Martínez, quien no dudó arriesgar su vida, con la confianza ciega en que su General saldría adelante en su empresa *aucltoritatem*. Díaz se preparó con una larga cuerda y un puñal, y eligió el lugar menos difícil para el escalamiento y las tinieblas de la noche: he aquí la prudencia, el fino tacto en el plan: *concilium in providendo*. «Aprovechando el momento en que el centinela le daba la espalda en una de sus vueltas, se deslizó por la pared del claustro, lanzó un extremo de la cuerda, logrando al fin engancharla en una pilastra de la bóveda, y se arrastró por las bóvedas para que no distinguieran su silueta los centinelas apostados en el techo del convento:» he aquí la sagacidad en los medios: *industria in agendo*. Trepo después de esfuerzos supremos el techo, ascendió por la cuerda, sintiendo el vértigo del vacío y se descolgó en el vacío, vacilando y jugando la vida:» he aquí el trabajo en el negocio: *labor in negotio*. He aquí también el valor en los peligros: *fortitudo in periculis*. «Al amanecer del 21 de Septiembre, el General Díaz, solo, marchaba rápidamente para Coyula:» he aquí la celeridad en concluir la empresa: *celeritas in conficiendo*. El centinela no advirtió que el General Díaz se salió de la celda, ningún soldado encontró al preso cuando estaba practicando el escalamiento, no fué observado por los centinelas que estaban en las azoteas, no llegó á toser, á pesar de los tormentos que sufrían sus pulmones con las trabajosísimas maniobras, en la casa donde se descolgó no había ningún afrancesado, y en fin, no fué descubierto al salir de Puebla ni en los alrededores: he aquí la fortuna; *felicitatem*.

Veamos ahora las dotes del guerrero ciceroniano en la acción de la Carbonera.

1.<sup>a</sup> *Fericia Militar*. Prudencia en el plan. Habéis visto el que formó el General Díaz al pie de los muros de Oaxaca: *concilium in providendo*. Sagacidad en los medios. Habéis visto cómo combinó dos casos bien difíciles: separarse del sitio de Oaxaca, y hacer creer á Oronoz que permanecía sitiando á Oaxaca: *industria in agendo*. Trabajo en el negocio: largos días y lar-

(1) *Ego enim sic existimo, in summo imperatore quatuor has res inesse oportere, scientiam rei militaris, virtutem auctoritatem, felicitatem.*

(2) *Fuit enim profeto quibusdam summis viris, quaedam ad amplitudinem, et gloriam, et ad res magnas bene gerendas, divinitus adjuncta fortuna.*

Una prueba clara y breve de la fortuna del General Díaz, es que después de tantos azares en su larga vida militar y política, vive.

gas noches de marchas forzadas, al sol, al viento, al frío, á la lluvia, mal vestido, tomando un vil alimento al trote del caballo, sin dormir, sin descanso ni placer de ninguna especie: *labor in negotio*. Y, en fin, la celeridad en llevar á cabo la empresa; la celeridad con que caminó de Oaxaca á la Carbonera: *celeritas in conficiendo*.

2.<sup>a</sup> Valor: *virtutem*. La prisión en Puebla habría reducido á la tranquilidad de la vida privada, y la aproximación de un ejército de soldados afamados en las sangrientas lides de Europa, habría hecho huir á otro que no hubiera sido Porfirio Díaz. Este fué á encontrar al ejército extranjero con pistola en mano. Las almas viles huyen de los peligros, apellidando *amor á la paz, evitar disturbios en la sociedad, sensatez* y con otros nombres especiosos, que en la realidad no significan más que riquezas y comodidades de la vida, egoísmo. Al contrario, como con los golpes se tiembla el acero, á los hombres de grande alma los reveses de la fortuna, los inminentes peligros de la vida, antes los excitan y los hacen más denodados y valientes. Los colchones de pluma, las cajas de fierro y lo que el común de los pobres humanos apatecemos y llamamos *una muerte tranquila*, no se hicieron para los Hidalgos, los Morelos y los Zaragozas.

3.<sup>a</sup> Vengamos á la tercera condición ciceroniana de un guerrero, que es la autoridad: *auctoritatem*. Esta cualidad consiste en el predominio, en la influencia avasalladora de un jefe sobre sus soldados, en virtud de la fe ciega y grandísimo amor y adhesión que ellos le profesan, yendo con prontitud y alegría á donde quiera llevarlos, ejecutando cuanto les mandare, sin vacilar ni ponerle objeciones, por mas difícil que parezca la empresa, y dando su vida por la vida de él. Ahora bien, todo esto han hecho los soldados de Porfirio Díaz. El mismo nos lo ha dicho, en ocasión solemne, y aunque no lo hubiera dicho, lo dice la historia. Así, estando sitiando á Oaxaca y ya muy avanzado el sitio, el General Díaz ha dicho á sus soldados: «Abandonen el sitio,» y al punto lo han abandonado. Les ha dicho: «Vamos á marchas forzadas á encontrar á un poderoso enemigo,» y han ido, han peleado con gran valor, y una muchedumbre de ellos han dado su vida en la Carbonera por su patria y por su jefe.

El día 5 de Diciembre próximo pasado, según refieren los periódicos, se ha celebrado una fiesta en el Colegio Militar de Chapultepec, para la distribución de premios á los alumnos, y en el banquete que siguió á dicha distribución, el Sr. Presidente Díaz ha pronunciado un brindis, en el que dijo entre otras cosas, recordando sus antiguas campañas: «No me referiré á nada completamente; pero sí debo decir que me he hallado en compromisos tales, que llegué á perder toda esperanza de conservar la existencia, y sin embargo, he podido salir de ellos, porque los soldados que militaban conmigo me amaban, y estaban dispuestos á dar su vida por mi vida. — ¿Qué había yo hecho para obtener aquel sacrificio generoso, abnegado, aquel sacrificio voluptuoso de derramar su sangre por mí? Era solamente esto: todos abrigan la convicción de que yo no les había estafado su haber.» *El Imparcial* añade que «el señor Presidente fué interrumpido por una salva nutrida y entusiasta de aplausos.»

El pensamiento capital de ese brindis, expresado con esta frase: «no les había estafado su haber,» tiene á primera vista un aspecto feo, el de la milicia *mercenaria*, que al fin del siglo XIX no tiene simpatías en ningún hombre ilustrado y patriota; pero meditándolo, entraña una verdad tan grande como un templo. En esta parte, mi juicio no vale nada, porque yo soy un clérigo que nunca ha militado; mas el que las sabe las sabe; el General Díaz



lo ha dicho, y su juicio vale mucho y muchísimo en materias de guerra. A pesar de mi completa incompetencia en tales materias, voy á emitir mi opinión, dejando á los militares experimentados que juzguen si digo bien ó mal.

Es verdad que lo principal que ha de tener un militar, aunque sea un soldado raso, para pelear con valor y constancia, es el fin, el espíritu: militar por la patria, por una causa que estime justa y grande, por una causa que le sea muy simpática; y los grandes guerreros militan principalmente por ejecutar hazañas de valor, por la gloria, por la inmortalidad; pero descendiendo de las regiones especulativas del patriotismo, de la gloria y de la inmortalidad, de las regiones de la imaginación y la razón, al mundo de las realidades materiales, que aunque tales y tan pobres, son necesarias, me parece que, además del patriotismo, hay necesidad de comer.

Nunca ne militado, como digo, mas esto es bien claro. Don Quijote estaba días y noches sin comer ni dormir, y por lo mismo si se trata de batallas como las de D. Quijote, está bien que el jefe no tenga en cuenta para nada el haber del soldado; pero tratándose de soldados que estén en su juicio y que sean hombres de carne y hueso, presentaré los ejemplos siguientes: En una marcha forzada, muchos soldados, después de muchas horas de no tomar alimento, no tienen fuerza en las piernas, ya no pueden caminar y se sientan en medio del camino. El jefe les dice: «¡Qué es eso! ¡Qué tienen ustedes!» y ellos responden: *Patriotismo*. — «¡Pues... qué haremos con estos que tienen patriotismo!», y un soldado raso le da este consejo: «Mi General, deles un jarro de atole.» Otros soldados se roban las gallinas, la ropa y cuanto encuentran en un rancho, porque ya no pueden aguantar el patriotismo. Una mujer sale á reclamar lo robado, y se roban también á la mujer para que les haga los tortillas. Se me figura que si un jefe trae á sus soldados por montes y valles, pasando mil trabajos y muertos de hambre, á la primera oportunidad los soldados le echan una maldición, y aun una retahíla de maldiciones y se desertan. Si al comenzar una batalla los soldados están débiles, que por falta de fuerza en los brazos no pueden manejar bien las armas, ¿cuál será el éxito de la acción?

Es verdad que á los héroes de la guerra, como Hernán Cortés y sus capitanes, á los héroes de la religión, como nuestros misioneros del siglo XVI, y á los héroes de la ciencia, como Viete y Edisson, se les han pasado muchísimas horas sin comer ni dormir, sin que los unos hayan perdido el valor, ni los otros la virtud y fortaleza cristiana, ni éstos otros el amor á la ciencia y la fuerza de espíritu en sus meditaciones y experimentos científicos (1); mas querer que todos los soldados rasos, y aun los coroneles y Generales de División sean héroes; querer que Bartolo Canjilón sea un Hernán Cortés y Venancio Taparrabo sea un Edisson, sería una tontería.

Pero calle yo y hable un clásico en materias de guerra. Vegecio, en su libro «De la Ciencia y el Arte Militar» (*De Re Militari*), asienta entre otras máximas las siguientes: «El hombre es más cruel que el hierro, porque el hombre pelea por dentro, y vence con más frecuencia sin el hierro.» «Para satisfacer á la necesidad, es necesario que las vituallas estén preparadas de

(1) En la biografía de Edisson leemos que alguna vez se le han pasado dos días con sus noches y doce horas más sin comer ni dormir, y por la historia consta que Francisco Viete, francés, que aplicó el álgebra á la geometría, estuvo tres días y tres noches sin comer ni dormir, absorto en sus meditaciones matemáticas. (Feijóo, Teatro Crítico, tomo 1.º, discurso 7). Fué tenido por hechicero. (Diccionario Universal de Historia y Geografía, edición de México, 1853-1856, art. Viete, Francisco).

antemano.» En toda expedición sea esta el arma principal: que á tí no te falte el dinero, y que quebrante á tus enemigos la falta de él» (1).

En fin, á Porfirio Díaz le favoreció la fortuna en la acción de la Carbonera, pues fué una fortuna que el ejército extranjero no lo haya sorprendido al estar sitiando á Oaxaca, y otra fortuna que Oronoz no hubiera advertido la desaparición del General Díaz y su ejército del lugar del sitio, la noche del 16 de Octubre; y otra fortuna, que no haya estado lejos una tropa auxiliar, cual fué la de Figueroa, y sobre todo, al célebre guerrero le favoreció en gran manera la suerte (que él supo hacerse propicia con su talento y pericia militar), venciendo á un ejército europeo muy disciplinado, con una turba de indios bozales, mixtecas y zapotecas, contra todas las enseñanzas de la historia del arte militar, que muestra que una turba indisciplinada, aunque sea diez veces mayor que un ejército disciplinado, no puede vencer á este. Sin duda que Díaz, como perito General, siempre procuraba disciplinar á su tropa; pero á la sazón de la batalla de la Carbonera no había tenido tiempo para ello, porque hacía 28 días que se había evadido de la prisión de Puebla, en estos 28 días todo había sido pelear á la cabeza de esta y la otra gavilla de indios, que había podido tener á la mano, y en tan corto tiempo no le había sido posible disciplinar su ejército.

Octubre, 19. El Sr. Vigil dice: «Aquel inesperado acontecimiento (*la locura de Carlota*) tenía empero un alcance político de gravísima trascendencia, y era la abdicación del Archiduque. . . . A este fin escribió al mariscal otra carta el 19, recomendándole la seguridad del camino de Veracruz á México, pues aguardaba la vuelta de Carlota para fines del mes. (2). Ahora, como esto no podía verificarse supuesta la enfermedad de aquella señora, claro es, como observa Arrangoiz, que lo que deseaba era que hubiese seguridad para su viaje á Veracruz, en donde se encontraba ya parte de su equipaje, debiendo embarcarse después de publicar su abdicación en el puerto.» «Apenas se había retirado el Emperador á Chapultepec, dice el Dr. Basch, y conocida su resolución de abandonar el país, se levantó una tempestad en el seno del partido conservador. . . . y reuniendo sus fuerzas, se opusieron con toda energía á la resolución del Emperador.» Continúa el Sr. Vigil. «Maximiliano, firme en su propósito, se retiró á Chapultepec, dando orden de que no se recibiese á nadie so pretexto de estar enfermo; y al mismo tiempo encargó al padre Fischer, que hiciese saber al Presidente del Consejo de Ministros que, por razones de salud, pues á consecuencia de la fiebre intermitente los médicos le aconsejaban que cambiase de aires, y por el deseo de acercarse al punto más próximo á la llegada de las noticias de Europa, había pensado ir á Orizaba; pero para esto no haría cambiar en nada el estado de las cosas, debiendo continuar el Ministerio en sus funciones, y sólo expedir á Orizaba los asuntos de grave importancia, como sucedía cuando iba á Cuernavaca.»

Octubre, 20. Continuación del sitio de Oaxaca por el General Díaz.

Octubre, 20. El Sr. Vigil en «México á través de los Siglos», pág. 780, dice: «En la mañana del 20 envió (*Maximiliano*) á Herzfeld con una carta para el mariscal, que había regresado á México, participándole su viaje y encargándole que concretase con aquel individuo las medidas necesarias para mantener la situación durante su ausencia. Bazaine, que creía coadyuvar de aquella manera á los deseos de Napoleón, contestó en términos muy sa-

(1) Libro 3, capítulo 3.

(2) Siempre engañando.



tisfactorios, ofreciendo reprimir cualquier movimiento y dar al gobierno el apoyo que necesitara. Mientras se hacían los preparativos de marcha, disponiendo que no acompañasen al Archiduque más que el padre Fischer, el ayudante Rodríguez, el oficial de órdenes Pradillo, el profesor (*de arqueología*) Bilimetz y el Dr. Basch, el Presidente del Consejo de Ministros D. Teodosio Lares se presentaba en Chapultepec á las tres de la tarde, y con voz conmovida y temblando todos sus miembros, solicitaba ver al momento á Maximiliano para entregarle un escrito que no consentía la menor dilación. El Archiduque, sin embargo, se negó á recibirle, y Lares tuvo que entregar el papel para que llegase á sus manos (1): era nada menos que la dimisión de todo el Ministerio en caso de que el Archiduque se ausentase... luego que el Mariscal supo de lo que se trataba, dirigió una carta á los Ministros, diciéndoles que era carecer de lealtad y generosidad abandonar al Emperador en aquellos momentos, después de haber puesto toda su confianza en ellos, y que se vería obligado á tomar ciertas medidas si persistían en su resolución. Esto bastó para que aquellos señores siguieran representando el papel de Ministros por fuerza.»

**Octubre, 20.** Desde el mes de Julio, en que Maximiliano cambió de política pensando apoyarse en lo de adelante en el partido conservador, invitó eficazmente á todos los Obispos de la Nación para que fueran á México y formaran una Junta y en bastantes sesiones arreglaran las bases para un Concordato con el Santo Padre sobre los asuntos de la Iglesia. El 20 de Octubre ya estaban en la Capital el Sr. Espinosa, Arzobispo de Guadalajara; el Sr. Colina, Obispo de Puebla; el Sr. Barajas, Obispo del Potosí; el Sr. Verea, Obispo de Linares, y algun ó algunos otros; y por lo mismo Maximiliano, con la misma fecha 20, nombró al Abogado moreliano Antonio Morán, Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, para que como Comisario Imperial asistiera á dichas sesiones. La Junta no tuvo efecto, porque se precipitaron los acontecimientos y preocuparon los ánimos otros objetos: la abdicación de Maximiliano, el próximo fin del Imperio y la necesidad de emigrar del país.

**Octubre, 21.** A las dos de la mañana. Salida de Maximiliano de México para Orizaba, acompañado por su Ministro Arroyo, Fischer, Basch y Bilimetz y escoltado por 300 húsares. El Sr. Vigil, en la obra cit., dice: «Aquí entramos en un período excepcional, en que ideas é intereses opuestos se agitaron con actividad febril, produciendo una lucha reñida, que durante mes y medio mantuvo á los espíritus en la duda sobre el rumbo que tomarían los hechos y el carácter del desenlace que se precipitaba fatalmente. La resolución de abdicar, formada por Maximiliano al salir de México, pareció irrevocable; pero había que tener en cuenta la volubilidad de aquella naturaleza abierta á toda clase de impresiones, así como las poderosas influencias que pesarían sobre él para hacerle cambiar de pensamiento. De este modo vemos que el mismo día 21, al llegar á la hacienda de Zoquipan, donde pasó la noche, dirigió al Mariscal la siguiente carta: Me propongo depositar *mañana* en manos de Ud. los documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que se encuentra, no sólo mi persona, sino México entero. Dichos documentos deberán quedarse reservados hasta el día que

(1) El Dr. Basch dice en su libro, que él fué el que recibió el pliego, porque todo el día estaba como de centinela á la puerta del gabinete de Maximiliano para no dejar pasar á nadie; que á muchísimos no les permitió la entrada y que algunos se molestaron, entre ellos Doña Josefa de Iturbide, quien le dijo las tres y la bailadora.

*yo le indique á Ud. por telégrafo.*—Tres cosas me preocupan y quiero salvar de una vez la responsabilidad que me incumbe. Es la primera, que los tribunales militares dejen de intervenir en los delitos políticos. La segunda, que la ley de 3 de Octubre sea revocada de hecho. La tercera, que no haya persecuciones políticas por ningún motivo y que cese toda clase de procedimientos sobre esta materia.—Deseo que convoque Ud. á los Ministros Lares, Marín y Tavera para acordar las medidas indispensables, á fin de asegurar estos tres puntos, *sin necesidad de que mis intenciones expresadas en mi primer párrafo lleguen de ningún modo á traslucirse»* (1).

**Octubre, 21.** En la tarde. Llegada de Castelnau, Embajador de Napoleón, á la Capital de México, con la misión, entre otras, de persuadir á Maximiliano que abdicase. El mismo día había encontrado al Emperador en Ayotla y había procurado presentársele, mas él no quiso recibirlo. Poco después recibió Maximiliano en Orizaba una carta de Napoleón suplicándole que abdicara.

**Octubre, 22.** Instrucciones de Seward á Campbell, nombrado Ministro «cerca del Gobierno republicano, de que es Presidente el Señor Juárez,» en las que le decía: «Ud. no entrará en estipulaciones con los Jefes franceses ó con el Príncipe Maximiliano ú otra cualquiera persona que tienda á contrarrestar ú oponerse á la Administración del Presidente Juárez, ó embargar ó demorar la restauración de la autoridad de la República.»

**Octubre, 28.** Circular muy notable de Juárez sobre los militares mexicanos que emigraban de la República sin licencia del Gobierno. «Ministerios de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Circular.—Algunos Generales, Jefes y Oficiales del Ejército de la República, si bien para honra de ella en corto número, se han ido voluntariamente á permanecer en el extranjero durante la guerra actual, sin licencia ni comisión del Gobierno.

Entre ellos, algunos manifestaron que podrían tener que pasar por el exterior para dirigirse con mayor facilidad, prontitud y seguridad, á cumplir sus deberes militares en otros puntos de la República, con cuyo fin pidieron, y el Gobierno les concedió, licencia bajo el concepto expreso de que solo pudieran estar de tránsito por país extranjero, para ir á prestar sus servicios en otros lugares del territorio nacional. Sin embargo, después de trascurrir mucho más tiempo del que hubiera sido suficiente para el viaje más dilatado, todavía han seguido permaneciendo sin licencia en el extranjero, y han querido así colocarse en condicion igual á la de los que salieron voluntariamente, sin ninguna licencia del Gobierno.

Unos y otros han abandonado la causa de la República en la época del infortunio; han abandonado también sus banderas en el tiempo del peligro, y se han hecho desertores del ejército en frente del enemigo.

A pesar de esto, se ha notado que algunos, cuando miraban circunstancias mejores, ó cuando calculaban que pronto pudieran ser más favorables, han vuelto á presentarse en el territorio de la República, queriendo figurar con el carácter que antes tenían en el ejército.

Se ha pulsado entonces el inconveniente de que desde antes de ser colocados alegaban los derechos, la antigüedad y las demás prerrogativas de la

(1) Al que tenga algún conocimiento de los caracteres de los hombres y demás elementos que constituyen la filosofía de la historia, le parecerá estar oyendo á Maximiliano hablar con su compadre Miguel López en una celda del convento de la Cruz en Querétaro, en el memorable día 14 de Mayo de 1897, y encargándole que Miramón, Méjía y los demás jefes no traslucieran sus intenciones.